

La primacía de la política en la guerra¹

Adriana María Suárez Mayorga*

Fecha de recepción: 26 de julio de 2010
Fecha de aprobación: 10 de septiembre de 2010

Resumen

El propósito de este artículo es reflexionar sobre la guerra a partir de la obra de Clausewitz y de Aron. La hipótesis de la cual se parte es que la incomprensión de las teorías propuestas por el general prusiano hizo posible que fuera erróneamente reconocido como padre de algunas tácticas empleadas por regímenes totalitaristas del siglo XX para aniquilar a sus adversarios. Para corroborar esta idea, metodológicamente el análisis partirá de dos fuentes primarias (*Vom Kriege* y *Pensar la guerra*, Clausewitz), complementadas por bibliografía secundaria. Es necesario señalar que siguiendo la definición de Clausewitz sobre la guerra, las conclusiones son dos: a) consolidación de ciertas ideologías (nazismo, fascismo y socialismo) o de cierta forma bélica (armas nucleares) a lo largo de la primera mitad de dicha centuria no sólo no se pueden explicar a partir de la teoría clausewitziana, sino que responden a extremos que él mismo condenó; b) la única manera de evitar futuros conflictos locales e internacionales desencadenados en el escenario mundial se aproximen a confines de la guerra absoluta es practicando la moderación (herramienta

indispensable del entendimiento político) a la hora de tomar decisiones vinculadas con la conducción militar de la confrontación.

Palabras clave: Raymond Aron, Karl von Clausewitz, política, guerra.

The Primacy of Politics in War

Abstract

The main purpose of this paper is to make a reflection on the war from the work both by Karl von Clausewitz and Raymond Aron. The hypothesis proposed herein is that a misunderstanding of the theories proposed by the Prussian General may have led to an erroneous recognition about him as father of some tactics employed by some totalitarian regimes of the 20th Century in order to crush their opponents. In an effort to corroborate this idea, the analysis will be based on two seminal sources, the *Vom Kriege* and *Thinking about the war*, Clausewitz, which will be supplemented by secondary literature comprising books and articles. It is

¹ Las ideas iniciales que dieron origen a este artículo fueron producto de una reflexión emprendida individualmente en el marco de un Seminario sobre Raymond Aron, cursado en el Doctorado en Ciencias Políticas de la Universidad Católica Argentina (UCA) durante el primer semestre de 2009.

* Historiadora, Universidad Nacional de Colombia; Magíster Historia Iberoamericana del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC); Magíster Historia, Universidad Nacional de Colombia. Actualmente, estudiante Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA). Catedrática en distintas universidades de la capital de Colombia y en este momento docente de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de La Salle. A lo largo de su trayectoria investigativa ha publicado diversos escritos relacionados con distintas problemáticas de la disciplina histórica; entre otros: "La cultura política de la transgresión. Una mirada a las elecciones de finales del siglo XIX para el Consejo Municipal de Bogotá" (Francia: 2008, publicada en francés); "La ciudad de los elegidos. Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político. Bogotá, 1910-1950" (Bogotá: 2006); "Los juegos de poder detrás de la modernización capitalina. Bogotá, 1946-1948" (Bogotá: 2006); "Modernos o posmodernos. Teorías en torno a la obra de arte" (Bogotá: 2004); "La Historia en favor de la vida: el renacimiento de la cultura trágica. La mirada de Nietzsche" (Popayán: 2000). Correo electrónico: amsuarez@unisalle.edu.co

worthy to remark that according to the definition given by Clausewitz on war, two conclusions are given: a) the consolidation of certain ideologies (such as Nazism, Fascism, and Socialism) or some other military attack ways (as nuclear weapons, in particular) during the first half of that century cannot be explained in the light of Clausewitzian theory; on the contrary, they respond to extremes he condemned by himself; and b) in the future, the only way

to avoid that local and international conflicts that are unleashed on the world stage be approaching the limits of absolute war is to practice moderation (an essential political understanding) when making decisions related to the military leadership of the confrontation.

Key words: Raymond Aron, Karl von Clausewitz, war, politics.

Introducción

La guerra ha sido una constante en la historia de la humanidad; los hombres, los Estados, las naciones han hecho de los conflictos bélicos una condición *sine qua non* de su existencia aun en los distintos periodos históricos en los que se han experimentado pequeños lapsos de paz. El interés por reflexionar acerca de las posibles estrategias por utilizar en la planeación de las hostilidades no sólo ha producido brillantes pensadores, grandes militares e importantes políticos, sino también ha generado interpretaciones erradas las cuales, llevadas a sus últimas consecuencias, han legitimado doctrinas que fomentan el aniquilamiento del ser humano. Esta dicotomía, aparentemente insalvable, se ha constituido en uno de los problemas por analizar en las distintas disciplinas que conforman las ciencias sociales contemporáneas, situación que a la larga ha ido propiciando que el eterno anhelo de un mundo exento de enfrentamientos se convierta en un debate epistemológico de alcances considerables.

Las disquisiciones realizadas por Karl von Clausewitz y Raymond Aron sobre la guerra encuentran su sentido en este contexto; si bien es verdad que sus realidades históricas se desarrollaron con un siglo de diferencia, en medios académicos distintos y con identidades nacionales disímiles (por no decir antagónicas, pues para nadie es un secreto el odio en-

carnizado que el militar prusiano sentía por los franceses), también lo es que la influencia del primero sobre el segundo permite hablar de una confluencia de pensamientos que, lejos de ser puramente aleatoria, configura una filosofía específica sobre la materia tendiente a “favorecer una comprensión del presente que permita a los ciudadanos orientarse y a los hombres de Estado a tomar decisiones razonables” (Panbianco, 2006: 27). En términos del propio Aron:

[Como] lo señaló en varias ocasiones, lo que [Clausewitz] quería escribir [era] una teoría de la guerra, que fuera instructiva para las generaciones venideras tanto como para sus contemporáneos. Aquella expresión que había usado Tucídides al comienzo de su obra: “monumento edificado para siempre”, [era] algo con lo que él mismo [soñaba]. De esa ambición [derivaba su actitud de desprenderse, de] apartarse de toda emoción aparente, [en un] esfuerzo por [lograr] una objetividad total.

Clausewitz que en sus años de acción odiaba al conquistador enemigo, y odiaba más aún a aquellos de sus compatriotas que desesperaban de su patria, él que en su profesión de fe de 1809 desarrollaba con una elocuencia patética los argumentos racionales y las razones del corazón para reemprender la lucha hoy, mañana, aquí y en to-

das partes, el resistente por excelencia, mira luego ya transcurridas las guerras de la Revolución y del Imperio, el derrumbe de Prusia, la cadena de triunfos y luego la catástrofe de Napoleón, como si se tratara de una historia ya lejana, de un destino que sus protagonistas hubieran sufrido sin comprender, y del cual corresponde al teórico sacar a la luz su lógica oculta, para edificación e instrucción de quienes vayan a asumir luego la responsabilidad de los Estados (Aron, 2000: 36-37)².

Teniendo en mente lo anterior, la hipótesis que se quiere poner a consideración en el presente artículo es que, tal como lo rescata el mismo Aron, en su libro *Pensar la guerra, Clausewitz*, la incompreensión de las teorías propuestas por el general prusiano hizo posible que fuera erróneamente reconocido como el padre de algunas de las tácticas empleadas por las ideologías totalitaristas del siglo XX para eliminar a sus enemigos. Lo cierto es que tales ideologías, aparte de ser incompatibles (caso de la oposición nazismo-comunismo), se hallaban en flagrante contravía con respecto al significado medular de sus postulados³. El supuesto del que se parte para corroborar esta idea –siguiendo igualmente la interpretación aroniana de *Vom Kriege*– es que el mantenimiento de la primacía de la política en la concepción de la guerra es el único criterio capaz de impedir, actuando a manera de freno, que los enfrentamientos armados entre nacio-

nes no se constituyan en sistemas de exterminio o en mecanismos ilimitados de destrucción.

En este documento, la exposición se separará, metodológicamente, en cuatro apartados: en el primero, se comentarán brevemente algunos datos biográficos de los autores atrás mencionados con el fin de determinar el punto de contacto entre ambos. En el segundo, se procederá a definir qué es la guerra para Clausewitz, procurando enfatizar en la trascendencia que adquirió la política en su disquisición. En el tercero, se explicará en qué consiste la distinción entre guerra absoluta y guerra real; y finalmente, en el cuarto, se formularán algunas conclusiones encaminadas a reiterar dos premisas específicas: a) que la consolidación de ciertas ideologías (como el nazismo, el fascismo y el socialismo) o de cierta forma de ataque bélico (caso de las armas nucleares, especialmente) a lo largo de la primera mitad del siglo XX, no sólo no se puede explicar a la luz de la teoría clausewitziana sino que, inclusive, responde a los extremos que el propio intelectual prusiano condenó⁴; y b) que la única manera de evitar que en el futuro los conflictos locales e internacionales que se desencadenen en el escenario mundial se aproximen a los confines de la guerra absoluta es practicando la moderación (herramienta indispensable del entendimiento político) a la hora de tomar decisiones vinculadas con la conducción militar de la confrontación⁵.

² No está de más recordar que después de la victoria gala en la batalla de Jena (14 de octubre de 1806), el ejército prusiano se desintegró, Prusia se convirtió en un estado satélite de Francia y Clausewitz, al igual que muchos otros soldados, fue hecho prisionero de guerra, condición que mantuvo hasta 1808. Otra anotación es que la comparación con Tucídides que se realiza en la cita no es arbitraria, sino que responde precisamente a la admiración que Aron sentía por el historiador ateniense; de hecho, uno de los capítulos de su libro *Dimensiones de la conciencia histórica* está dedicado a él. (Aron, 1893: 134-178). Finalmente, es preciso advertir que las palabras contenidas en estos signos de puntuación [...] no pertenecen al texto original; simplemente se utilizan para mantener la coherencia gramatical del escrito. Este sistema narrativo se empleará a lo largo de todo el artículo, a menos de que se especifique lo contrario.

³ Este argumento ha sido planteado por diferentes autores; sin embargo, el texto base del cual se van a tomar la mayor parte de las apreciaciones aquí consignadas es el de Óscar Elía (Elía, 2007). Igualmente, se recomienda el artículo de Aron traducido por Fernando Cubides para conocer detalles más específicos de la vida del estratega prusiano. (Aron: 2000).

⁴ Este planteamiento se desprende de una de las tesis propuestas por Elía en el artículo antes reseñado; según este autor: “En este último siglo, las dos ideologías, la hitleriana y la socialista, que han convertido la guerra en una lucha a muerte –contra una raza eliminándola, contra un régimen aniquilándolo en las instituciones o en las mentes de las personas– se han reconocido herederas del autor de *De la guerra*”. (Elía, 2007: 117).

⁵ Indiscutiblemente, Raymond Aron fue, por un lado, “un defensor de aquella sociedad liberal occidental de la cual, a pesar de encontrarle muchos defectos, era partidario”; y por el otro, un ferviente “adversario del totalitarismo”. Asimismo, vale la pena indicar –como lo remarca uno de sus biógrafos– que es ostensible que “entre los pensadores liberales del siglo XX, Aron” fue el que invirtió “más esfuerzos intelectuales en el estudio de la guerra”. De hecho, su interpretación de los acontecimientos de la centuria pasada siempre estuvo determinada por “las discontinuidades históricas producidas por el advenimiento de la sociedad industrial y por las modernas ideologías”, aspectos ambos que, según él, estaban directamente unidos “a la conciencia de la imposibilidad de eliminar ciertas constantes”, tales como “el papel de la guerra, y sus éxitos, en la determinación de los desenvolvimientos de la historia” (Panbianco, 2006: 28).

La experiencia de la guerra

El nombramiento del “general prusiano Karl von Clausewitz” (1780-1831) como “director de la academia militar de Berlín” al comenzar el siglo XIX fue el origen de sus disquisiciones sobre la guerra; su experiencia como ‘veterano’ de varios enfrentamientos bélicos, aunada a su interés por “organizar la academia”, marcaron irremediamente el destino de los estudios sociopolíticos que en lo sucesivo se adelantarían en torno al tema. En su carácter de “estudioso y agudo observador de las guerras napoleónicas (que peleó del lado de los rusos, pues en su época todavía era común que los militares alquilaran sus servicios a los ejércitos de otros países)”, Clausewitz no sólo fue el primero en identificar a la guerra como un “fenómeno propio del Estado-nación moderno”, sino también “en reconocerla como un instrumento esencialmente político para el logro de objetivos políticos” (Herrera-Lasso, 2002: 80-81).

Esto lo llevó igualmente a ser ‘pionero’ en dos aspectos: (a) “en ahondar, hasta el más mínimo detalle, en la fenomenología de la guerra moderna, desde su esencia política hasta su cotidianidad en el campo de batalla”; y (b) “en advertir que ir a la guerra era una decisión demasiado grave” (debido a “la enorme responsabilidad social y política que suponía”) como para “dejarla en manos de los militares”. En relación con esta cuestión él efectivamente afirmaba que “el militar o el gobernante podían tomar la decisión de ir a la guerra y de cuándo hacerlo, pero que a partir de ese momento” ella tenía su propia mecánica y “fácilmente podía escapar del control” de ambos actores (Herrera-Lasso, 2002: 80-81).

La trascendencia que alcanzó esta etapa en su vida propició que durante algo más “de una década”, Clausewitz se consagrara esencialmente “a sus labores de docencia”, tarea que desempeñó dedicando el tiempo tanto de “sus ratos libres” como el que asignaba a “parte de la preparación de sus cursos”, a escribir “sus juicios en torno de la dinámica de la guerra, sus principios y significado”. Fruto de ello fue la redacción de *Vom Kriege*, libro traducido al español con el título *De la guerra*. De acuerdo con los especialistas en la materia, este texto fue elaborado una vez culminadas las disputas napoleónicas (es decir, aproximadamente en los años que van de 1814 hasta 1830), momento cardinal para la cristalización de su pensamiento precisamente porque fue a partir de entonces que sus sólidos conocimientos sobre la historia europea comenzaron a retroalimentarse con su experiencia personal como Jefe del Estado Mayor (Herrera-Lasso, 2002: 80)⁶.

Es pertinente anotar que a pesar de que la obra quedó incompleta debido a que le sobrevino la muerte antes de acabar la revisión de los textos primigenios (cometido al parecer iniciado a finales de la década de 1820), su viuda decidió publicar, como tributo póstumo a su memoria, los ocho volúmenes que hasta entonces había redactado el general prusiano⁷. Luego de salir a la luz, las reflexiones de Clausewitz sobre la guerra adquirieron una relevancia capital tanto para los pensadores de la época, como para los científicos sociales de los siglos siguientes; de hecho, prontamente su libro se convirtió en “el documento sobre la guerra más importante de la era moderna” y su autor en el “maestro y guía de todo aquel que” quisiera “incursionar en la naturaleza y en los alcan-

⁶ Tal como lo explica Herrera-Lasso, la primera edición en alemán de su *Vom Kriege* “apareció en 1853” y “a partir de entonces se ha traducido a una veintena de idiomas. (Herrera-Lasso, 2002: 80)”.

⁷ Raymond Aron dice que Clausewitz empezó a redactar el *Tratado* entre 1816 y 1818, durante la etapa de Coblenza. (Aron, 1987: 71). Ideas similares se ubican en Elía (Elía, 2007: 112). Herrera-Lasso comenta que la viuda de Clausewitz recurrió “a un general cercano a la familia para preguntarle qué debía hacer con cientos de pliegos manuscritos que había encontrado en el archivo personal de su esposo”. (Herrera-Lasso, 2002: 80).

ces” de dicho fenómeno, “fuera en el campo de la política, de la estrategia o de la táctica militar” (Herrera-Lasso, 2002: 81).

Indiscutiblemente, no se puede desconocer que el periodo histórico en que el militar prusiano maduró sus ideas cumplió un papel primordial para que, *a posteriori*, sus postulados despertaran la admiración de grandes “pilares del pensamiento estratégico del siglo XX”, tales como “Liddell Hart en Gran Bretaña, Raymond Aron en Francia y Bernard Brodie en Estados Unidos” (Herrera-Lasso, 2002: 80). La materialización del *Vom Kriege*, tras la derrota francesa, coincidió con una coyuntura específica, a saber, que “después de más de veinte años de casi ininterrumpida guerra y revolución, los antiguos regímenes victoriosos” se vieron enfrentados “a problemas de pacificación y conservación de la paz particularmente difíciles y peligrosos. Había que limpiar los escombros de dos décadas y redistribuir los territorios arrasados” (Hobsbawm, 1991: 96). El primer paso en esa dirección fue la realización, “por parte de los vencedores de las guerras napoleónicas”, del Congreso de Viena de 1814, justamente “mientras Napoleón sufría su primer exilio en la isla de Elba” (Kissinger, 2000: 73).

El objetivo que todos los concurrentes perseguían era “planear el mundo de la postguerra”, misión que se hizo aún más apremiante tras el escape del recién destronado emperador francés de la prisión. La fórmula de la cual partieron para procurar mantener la estabilidad en el continente europeo se cimentó en la idea que “el equilibrio de poder reducía las oportunidades de recurrir a la fuerza”, razón por la cual era necesario –como lo planteaba el propio Clausewitz– que “la paz no estuviera basada en la derrota absoluta del enemigo” (Kissinger, 2000: 76-77). La aplicación de esta estrategia tuvo, ciertamente, “un éxito desacostumbrado. Entre la derrota de Napoleón y la guerra de Crimea de 1854-1856, no hubo, en efecto, guerra general europea o conflicto armado en que las

grandes potencias se enfrentaran en el campo de batalla” (Hobsbawm, 1991: 96).

La pertinencia de los planteamientos clausewitzianos con respecto a la naturaleza de la guerra generó asimismo que “a partir de la segunda mitad del siglo XIX su texto” se convirtiera “en lectura obligada en la mayor parte de las escuelas militares” de Europa, situación que sin embargo, no redundó ‘necesariamente’ en un ‘diligente aprendizaje’ (Herrera-Lasso, 2002: 81-82). Tal como advierte Herrera-Lasso:

Los responsables de la conducción de la primera guerra mundial, todos ellos familiarizados con el pensamiento del general prusiano, olvidaron máximas tan importantes como nunca perder de vista el objetivo político de la guerra, contar siempre con una defensa alternativa en caso de fracasar la ofensiva, o no dejar la guerra exclusivamente en manos de los militares, que por su profesión tienden a descuidar la conducción política de la acción armada.

Los vencedores de esta guerra también dejaron de lado enseñanzas tan importantes como nunca exigir al vencido condiciones de rendición fuera de su alcance o nunca llevarlo a la humillación, máxima que se encontraba ya en los escritos de Sun Tzu, el gran estratega chino, que aconsejaba cuidar al enemigo, *que en su coraje y valor es capaz de aceptar con honor la derrota, pero nunca la humillación* (Herrera-Lasso, 2002: 81-82. Cursivas originales).

En realidad, el encuentro de Raymond Aron con la obra de Clausewitz se dio hacia 1930, fecha en la que el filósofo galo visitó Alemania; no obstante, según lo cuenta él mismo, esta primera aproximación al general prusiano (llevada a cabo en el Instituto Francés de Berlín) no fue especialmente fructífera para su formación académica, testimonio de lo cual es que debieron pasar nueve años para que, a raíz del estallido de la Segunda Guerra Mundial, las citas sobre

aquél comenzaran a ‘aparecer’ en ‘sus artículos’ (Elía, 2007: 110-111)⁸. En efecto, el clima de tensión que imperó en el ámbito académico internacional a partir de la década de los cuarenta a causa tanto de la amenaza nuclear como del discurso genocida de los alemanes e italianos, originó que las referencias aronianas a las tesis clausewitzianas se generalizaran rápidamente; devenir que tuvo como corolario que el propio Aron dedicara su curso de 1971-1972 en el Collège de France al *Vom Kriege*⁹. En cualquier caso, más allá de sus singularidades personales, lo que seguramente nunca se imaginaron ninguno de los dos es que los raciocinios allí contenidos –bien fuera mediante la formulación o la interpretación– tendrían un impacto tan grande en los hombres que más adelante tomarían el estandarte de ser los artífices de los acontecimientos históricos posteriores.

Es preciso remarcar, en aras de comprender adecuadamente la interpretación aroniana de Clausewitz, que para el intelectual francés, “el conocimiento sobre el mundo social” siempre era ‘contingente’. Ello implicaba que, lejos de existir una única ‘ideología’ que explicara “la realidad a partir de unas cuantas premisas”, para Aron “nuestro saber sobre las sociedades” se encontraba “en permanente revisión, entre otras razones, por el constante autocuestionamiento” al que ellas estaban “sometidas por los propios individuos” que las habitaban o componían. En el ámbito metodológico, en concreto, tales planteamientos redundaron –en el marco del pensamiento aroniano– en la adopción de tres postulados medulares: el primero, que “no hay un saber último o, lo que es lo mismo”, que es necesario reconocer “las limitaciones

de cualquier teórico o ‘científico’ de la sociedad”; el segundo, que el “punto de vista del observador en las ciencias sociales” es indiscutiblemente relativo; y el tercero, que “no hay solución cerrada y absoluta” en la interpretación del devenir histórico (Maestre, 2000: 170-171).

En el terreno de la definición

Interrogarse acerca de lo que se entiende por el concepto de *guerra* constituye el escalón inicial en la comprensión del universo clausewitziano. La definición que el propio estratega prusiano proporcionó al comienzo de su obra apuntaba a establecer que “la guerra no era otra cosa que un duelo en una escala más amplia”, aserción que prontamente depuró para dar paso a la construcción de una imagen concreta; a saber, la de los dos luchadores que en el calor de la pelea trataban de imponer su voluntad al otro mediante el uso de la fuerza física y cuyo único propósito era derribar a su contrincante con miras a incapacitarlo definitivamente e impedir que opusiera mayor resistencia. La guerra, entendida de esta forma, fue concebida entonces como *un acto de fuerza* (teniendo en cuenta que la fuerza era el medio) *para imponer nuestra voluntad al adversario*, o sea, para lograr el objetivo que con antelación se había trazado (Clausewitz, 1960: 9).

La genialidad de la reflexión residía en que Clausewitz consideraba la guerra como una extensión de la política, lo cual aparte de denotar –en contraposición a lo que muchos teóricos certificaban– que aquella guerra era parte intrínseca de ésta, también

⁸ “Raymond Aron fue un intelectual comprometido con su época; nacido en 1905 en París y fallecido en 1983 en la misma ciudad, tuvo la posibilidad de vivir la mayor parte de los acontecimientos que dieron forma al siglo XX. El camino para llegar a ser reconocido como uno de los pensadores más importantes del siglo pasado no fue, sin embargo, fácil [sic] [...] por sorprendente que parezca, [...] en la propia [...] Francia Raymond Aron tuvo que luchar durante años contra la indiferencia del medio universitario. La ignorancia y la manipulación de sus ideas y de sus análisis se explican porque, pese a sus denodados esfuerzos, no logró sustraerlos al efecto perverso de la hegemonía de una sola corriente de pensamiento y de la politización del conocimiento. Durante la mayor parte de su vida [sic] [...] Aron tuvo que soportar la descalificación de su trabajo por parte de una comunidad universitaria que lo consideraba el ideólogo de la burguesía, *enemigo de la paz* o un maestro *indigno de enseñar*, según lo denunció Jean-Paul Sartre en 1968 en respuesta a su crítica al movimiento estudiantil [...] Incluso, no fue sino hasta finales de los años setenta que Raymond Aron recibió el reconocimiento que merecía. (Suárez Mayorga, 2010: 1; y Loeza, 1997: 369).

⁹ Elía menciona que uno de los primeros escritos en los que Aron hace referencia a Clausewitz es *L’Homme contre les tyrans*, el cual fue publicado en 1946. (Elía, 2007: 110-111).

significaba que el enfrentamiento bélico era simplemente la continuación del intercambio político pero con el uso de otros medios que, sin embargo, seguían supeditados a las leyes racionales de la guerra aquella¹⁰. En sus términos:

Sabemos, por supuesto, que la guerra sólo se produce a través del intercambio político de los gobiernos y de las naciones; pero en general se supone que ese intercambio se interrumpe con la guerra y que sigue un estado de cosas totalmente diferente, no sujeto a ley alguna fuera de las suyas propias. Sostenemos, por el contrario, que la guerra no es otra cosa que la continuación del intercambio político con una combinación de otros medios [...] [Esto último quiere decir que este intercambio] no cesa en el curso de la guerra misma, no se transforma en algo diferente, sino que, en su esencia, continúa existiendo, cualquiera sea el medio que utilice, y que las líneas principales a lo largo de las cuales se desarrollan los acontecimientos de la guerra y a las cuales están ligados, sólo son características generales de la política que se prolonga durante toda la guerra hasta que llegue la paz” (Clausewitz, 1960: 565-566).

Los tres principios básicos que se encontraban en el trasfondo de estas palabras eran: (a) que “la guerra resultaba racional cuando era producto de un acto político” que buscaba “el logro de los intereses del Estado, motivo por el cual podía “traducirse en acciones militares de carácter ofensivo” (es decir, expansionistas) “o defensivo” (o sea, con el fin de mantener el *statu quo*); (b) que sólo era posible justificarla

cuando cumplía la función de ser “un instrumento del Estado (en muchos casos un mal necesario) para proteger o promover los intereses de sus ciudadanos frente a las amenazas externas”; y (c) que una de las condiciones “*sine qua non* para ir a la guerra” era “la percepción, debidamente fundamentada”, de que estaría *mejor si voy a la guerra o acepto el reto de la guerra, que si me mantengo en la situación actual*. Frente a lo anterior, es importante recalcar que en la teoría clausewitziana el irrespeto de alguno de dichos preceptos podía “llegar a convertir la guerra en un acto irracional”, esto es, “sin el alcance de objetivos políticos” (Herrera-Lasso, 2002: 82-83)¹¹.

Lo que al respecto interesa destacar es que la enunciación de tales premisas fue la *pedra de toque* a partir de la cual el militar prusiano cimentó dos de sus argumentos más criticados –e inclusive, malinterpretados– sobre la guerra: por un lado, que el objeto primordial de ésta era la paz y no la aniquilación o el exterminio del enemigo; y por el otro, que justamente era la subordinación de lo militar a lo político lo que aseguraba que el desenlace de la misma no fuera nefasto para el contendiente derrotado. La “facultad inteligente”, en este contexto, era en consecuencia la política y no la guerra, pues la segunda sólo tenía la capacidad de comportarse como el instrumento por medio del cual se manifestaba la primera (Clausewitz, 1960: 568)¹².

La interpretación aroniana de *Vom Kriege* enfatiza igualmente en este aspecto de la disquisición, prueba de lo cual es que el filósofo galo insistía en la idea que el carácter fundamentalmente político de

¹⁰ Gracias a que Clausewitz era un “conocedor profundo de los filósofos de su época”, él pudo extraer “con gran inteligencia los postulados de la dialéctica hegeliana y los principios esenciales de la *razón pura* y la *razón práctica* de Emmanuel Kant, para entender la dialéctica misma de la guerra y para llegar a la conclusión de que, a pesar de que en teoría toda guerra es absoluta, en la práctica nunca se da en esos términos”; tal como lo explica Herrera-Lasso, “han pasado casi dos siglos desde que [...] el militar prusiano [...] escribió su obra y la mayor parte de sus postulados básicos siguen vigentes”. (Herrera-Lasso, 2002: 82).

¹¹ El subrayado en cursiva pertenece al original. Tal como lo explica Herrera-Lasso, la guerra es concebida entonces como “un acto racional cuando persigue un fin político claramente definido”. (Herrera-Lasso, 2002: 83).

¹² El corolario de esta idea, de acuerdo con el militar prusiano, era que la conducción de la guerra debía orientarse de acuerdo con las leyes de la política, no de acuerdo con las reglas particulares del combate. (Clausewitz, 1960: 571).

ese “acto de violencia destinado a imponer nuestra voluntad a otro” que era la guerra, era justamente el que le dictaba a ésta su finalidad¹³. Es más, el razonamiento por él aplicado, fundamentado en la sustitución de los luchadores por los Estados, compartía el mismo punto de llegada antes aludido: teniendo en cuenta que la voluntad de los adversarios “emanaba del conjunto de las relaciones político-sociales”, la conexión que de allí resultaba, además de demarcar “los lineamientos del conflicto armado”, también originaba (al reducir el *acto de violencia al medio de la política*) que la verdadera meta de la contienda no fuera “la victoria sino el retorno a la paz” (Aron, 1987a: 129).

Lo llamativo de todo esto es que precisamente esa interpretación de las tesis clausewitzianas fue la que habilitó al pensador francés para asegurar que su colega, en vez de ser un militarista como varios de sus comentaristas lo habían catalogado, era un “teórico del equilibrio europeo” convencido de que en ninguna circunstancia la intención ulterior de la política era la “acumulación de medios militares”. En esencia, lo que rescataba del prusiano era que la guerra surgía para él de la política: era ésta la que determinaba su intensidad, le creaba sus motivos, le trazaba las directrices para secundar e, incluso, le dictaminaba las empresas bélicas que se iban a perseguir (Aron, 1987a: 132). Es de anotar, empero, que dicha proposición contenía una acotación particular: el fin político que determinaba la guerra no podía ser despótico, arbitrario, sino que tenía que “adaptarse a la naturaleza de los medios” y, en tal sentido, modificarse cada vez que fuera necesario (de aquí la noción de la guerra como un camaleón). En palabras de Clausewitz:

El objetivo político no es, por ello, regla despótica; debe adaptarse a la naturaleza de los medios a su disposición, y de tal modo, cambiar a menudo completamente, pero se le debe considerar siempre en primer término. La política, por tanto, intervendrá en la acción total de la guerra y ejercerá una influencia continua sobre ella, hasta donde lo permita la naturaleza de las fuerzas explosivas que contiene (Clausewitz, 1960: 23).

Es tangible que el matiz introducido en este párrafo es prueba fehaciente de que el intelectual prusiano sabía que los Estados inevitablemente tendrían que entrar en disputa en caso de guerra y que las características que tomara el enfrentamiento de ahí en adelante dependerían de la idiosincrasia de cada una de las naciones involucradas. Empero, es tangible también que su postura apuntaba a remarcar que esas peculiaridades no redundarían obligatoriamente en el abatimiento del enemigo, pues la concertación política mediaría en el conflicto para evitar que se llegara a los extremos. En otros términos, si bien Clausewitz era consciente de que el medio único de la guerra era el combate, también lo era de la pluralidad de caminos (es decir, de objetivos militares) que existían para alcanzar el fin político, motivo por el cual repetía incansablemente que era justamente en la política donde recaía la responsabilidad de planear la estrategia que orientaría la conflagración (Aron, 1987a: 134-137)¹⁴. Indudablemente, la aplicación de esta premisa a la acción específica del estamento militar implicaba, como bien lo indicaba Raymond Aron, que en ningún caso el ‘desarme o el abatimiento’ del rival, debía traducirse en “la aniquilación, en el sentido físico, de los soldados o en la destrucción del país” (Aron, 1987a: 139)¹⁵.

¹³ En la terminología del francés, la guerra incluye un medio, la violencia, y un fin, que es fijado por la política. (Aron, 1987a: 128).

¹⁴ Este argumento lo sintetiza Aron cuando afirmaba que “no hay violencia que no deba someterse a la voluntad inteligente”. (Aron, 1987a: 142).

¹⁵ Lo que planteaba Clausewitz con respecto a esta cuestión era que, sabiendo que el origen de la guerra era un objetivo político, la política debía ser, por ende, la “más importante de las consideraciones que deben ser tenidas en cuenta en la conducción de la guerra”. (Clausewitz, 1960: 23).

Los dos tipos de guerra

La importancia que adquirió este precepto en el pensamiento de Clausewitz fue lo que lo llevó, según algunos especialistas en la materia, a establecer la distinción entre guerra real y guerra absoluta, pues su conocimiento de la historia europea “le imponía la insidiosa inquietud de lo que el hombre podía llegar a hacer si la política no guiara el conflicto entre Estados” (Donadío, 2003: 145). En tal sentido, lo que distintos autores sostienen es que su interés por definir a la primera no como “un acto extremo que liberaba su tensión en una sola descarga” (que sería la descripción de la segunda), sino como una “acción de fuerzas que no se desarrollaba en todos los casos en la misma forma y en la misma proporción, pero que en un momento dado” alcanzaba un estadio suficiente como para vencer la resistencia de los demás factores que incidían en ella, obedeció claramente a una elección epistemológica meditada e intencional (Aron, 1987a: 76-77).

La definición inicial del término adquirió de esta forma un escalón de comprensión más: el concerniente a los dos tipos de guerra. En concreto, Clausewitz se encargó de analizar tales enfrentamientos tomando como foco de partida el hecho de que ambos apuntaban –como era lógico– a dos fines políticos distintos: uno, perteneciente a la guerra absoluta, en la cual el fin era abatir al enemigo, ya fuera aplastándolo políticamente o desarmándolo para que se viera obligado a aceptar cualquier clase de paz que el bando vencedor le quisiera imputar (entorno que en el pensamiento aroniano se representaba por medio de la noción pugilística de *victoria por nocaut*); y el otro,

perteneciente a la guerra real, en la cual el objetivo era conquistar algún territorio del contrincante con miras a conservarlo o a hacerlo valer “como moneda de cambio útil” en las negociaciones que se produjeran al “momento de la paz” (Aron, 1987a: 76-77)¹⁶.

En el primer caso, la guerra se desenvolvía en circunstancias extremas que terminaban regresándola a la forma original del duelo, es decir, a aquella situación límite en donde alguno de los contrincantes estaba condenado a morir o a quedar inhabilitado para proseguir la lucha (Aron, 1987a: 89). Esta descripción, correspondiente a la definición monista –según la interpretación aroniana¹⁷– de la guerra absoluta, focalizaba la atención en una tipología de confrontación en la que los adversarios se esforzaban al máximo (ascendiendo con ello hacia los extremos en una especie de escalada) para “arrojar por tierra” a su contrincante, proceso que además daba cuenta de la existencia de tres rasgos inherentes a su naturaleza: el primero, que esta guerra era producto de un evento aislado, o sea, que surgía de repente y no tenía ningún lazo con los sucesos anteriores ni “con el curso previo de los acontecimientos”; el segundo, que era resultado de “una decisión única o de varias decisiones simultáneas”, razón por la cual no se desplegaba a lo largo del tiempo; y la tercera, que se trataba de un acto en el que la situación política no era tenida en cuenta ni influía sobre ella, motivo por el que la resolución de llevarla a cabo estaba contenida en sí misma, ignorando cuáles serían sus consecuencias a futuro o cuál había sido su causa –en ésta no contaban, por ende, ni los orígenes ni los fines– (Aron, 1987a: 83; y Clausewitz, 1960: 13)¹⁸.

¹⁶ El segundo escenario descrito sería el correspondiente, siguiendo la misma metáfora aroniana, a *la victoria por puntos*. (Aron, 1987a: 76-77).

¹⁷ Cabe señalar, tal como lo expone Panebianco, que “en general, los teóricos liberales” de la centuria pasada se mantuvieron ‘alejados’ del tema de la guerra; no obstante, la razón por la cual Aron se abocó a profundizar sobre ella fue porque “representa un desafío y una amenaza permanente para las libertades” que los propios liberales defendían. En tal dirección, lo que demuestra la obra de este filósofo francés es que “estudiando las guerras del siglo XX”, él quiso “explicar por qué las libertades siempre” estaban amenazadas “por la anarquía internacional” y “por qué las ‘promesas’ del liberalismo” podían ser “mantenidas solamente en una mínima parte”. El resultado al que llegó por esta vía fue a demostrar “que la incesante competición entre los Estados, el hecho de que las relaciones entre las ‘ciudades’ se desarrollaran perennemente ‘a la sombra de la guerra’”, eran “formidables obstáculos para el completo despliegue de las libertades en el interior de cada ciudad”. (Panebianco, 2006: 28).

¹⁸ En términos más concretos, la guerra absoluta es, según este autor, ahistórica, atemporal e inmediata.

En relación con esta cuestión es pertinente mencionar que Raymond Aron estaba convencido de que esta clase de enfrentamiento no era posible encontrarla en la realidad, afirmación que sustentaba partiendo de la premisa que todos los Estados contaban con un recorrido histórico que no sólo les permitía conocerse de antemano, sino que también los facultaba para poseer un cierto raciocinio político que era a la postre el que los constreñía para adoptar la postura de los duelistas. Tal argumentación era además el soporte para que el filósofo francés igualmente aseverara que la definición de guerra absoluta, proporcionada por Clausewitz, sólo podría ser utilizada como modelo abstracto, como una construcción heurística que pertenecía exclusivamente “al mundo de lo ideal” (Elía, 2007: 118)¹⁹. En términos de Herrera-Lasso:

El general prusiano habla de la guerra total en el sentido de que no se debe escatimar el uso de los medios disponibles para alcanzar la victoria. Sin embargo, dice, la guerra, en la práctica, no se da en términos absolutos, ni se puede utilizar toda la fuerza disponible en un solo escenario ni en un solo momento, pues generalmente la guerra no se gana (o se pierde) en una sola batalla. Por otro lado, advierte que la acción militar debe siempre acotarse al objetivo político, pues en el momento en que la acción militar rebasa el objetivo político la guerra pierde su sentido. En otras palabras, la guerra debe hacerse en forma eficiente y eficaz (Herrera-Lasso, 2002: 88)²⁰.

El segundo caso antes aludido, es decir, el de la *victoria por puntos*, representaba en la teoría clausewitziana a la guerra real, conflagración que, al estar tipificada de acuerdo con el nexo que entablaba con las tendencias que predominaban en ella, se expresaba a partir de una *extraña trinidad*: (a) el odio, que era una suerte de “ciego impulso natural”; (b) la enemistad y la violencia primitiva de su esencia, factores que respondían al “juego del azar y las probabilidades” haciendo de aquélla “una actividad libre de emociones”; y (c) “el carácter subordinado de instrumento político”, el cual le confería su pertenencia “al dominio de la inteligencia pura”. Vale anotar que estos tres atributos se correspondían asimismo con tres actores sociales: el primero le interesaba especialmente al pueblo; el segundo, al jefe y a su ejército; y el tercero, al Estado o al gobierno (Clausewitz, 1960: 26)²¹.

Lo interesante de señalar con respecto a la guerra real es que en ella “los luchadores, ahora encarnados en Estados, poseían un territorio, recursos, aliados”. La guerra se desarrollaba en un tiempo y un espacio específicos, insertándose además “en el curso de las relaciones interestatales”; la idea de una derrota o de un triunfo categórico pasaba así a ser poco factible, pues cada una de las ‘partes deducía’, a partir de las “leyes de probabilidad”, de la conducta del rival, de sus instituciones, cuáles eran los resultados por esperar. La política surgía entonces como el criterio ordenador de la estrategia a emplear; el fin político, en consecuencia, se convertía de esta manera en “la

¹⁹ En este punto vale la pena advertir que aunque en la concepción aroniana la guerra absoluta es irreal, el intelectual galo es consciente de que existieron periodos dramáticos de la historia contemporánea del siglo XX durante los cuales ciertos líderes mundiales (Hitler o Stalin, de acuerdo con lo que él plantea) pusieron en práctica lo que Carl Schmitt llamó la *hostilidad absoluta*, es decir, un tipo de comportamiento que, sustentado en una filosofía biológica o racista, o incluso, en una noción como de la lucha de clases, legitimó la matanza, el genocidio y el rechazo categórico a aquellos seres humanos que no hacían parte de la misma ideología, de la misma raza, o de la misma condición social. (Aron, 1987b: 163-164).

²⁰ Este mismo autor asevera que “una de las principales preocupaciones de Clausewitz es el uso ineficiente [sic] [...] de los recursos, en particular lo que se refiere al uso de los ejércitos (y de vidas humanas) en operaciones militares vanas que no den los resultados políticos esperados”. En esta dirección, “el general prusiano es especialmente enfático cuando señala que de no alcanzarse la victoria en la forma y en los plazos previstos (situación que puede darse por múltiples razones: desde el desconocimiento del enemigo o de las propias capacidades hasta la buena y la mala suerte) se debe contar siempre con una alternativa defensiva y con una posición de negociación”. (Herrera-Lasso, 2002: 88).

²¹ El atributo distintivo de la guerra real es ser un instrumento subordinado de la política, motivo por el cual pertenece al dominio del campo de la razón, que es justamente el ámbito que le interesa al gobierno. En otras palabras, en este tipo de enfrentamiento, la guerra jamás puede ser pensada sin tener en cuenta la intención política: el combate, como lo dice Aron, “sólo cobra significación a partir del fin político”. (Aron, 1987b: 160).

consideración suprema en la conducción” del enfrentamiento: “la guerra de una comunidad –guerra de naciones enteras y particularmente de naciones civilizadas– surgía siempre de una circunstancia política y se ponía de manifiesto por un motivo político. Por lo tanto, era un acto político” (Aron, 1987a: 84-87; y Clausewitz, 1960: 23).

La trascendencia que adquiere esta última constatación radica, en suma, en que en contravía a lo que frecuentemente sostenían sus detractores, la guerra real descrita por el estratega prusiano no era comparable –como lo expone claramente Aron– “al desencadenamiento total y ciego de la violencia” sino que “se desarrollaba bastante despacio para permanecer sometida a la voluntad de una inteligencia que la conducía” (Aron, 1987a: 87). Incluso, de acuerdo con lo que plantea Marcela Donadío,

el objetivo implícito de *Pensar la Guerra* era destacar que Clausewitz nunca implicó en sus ideas la admiración o la propuesta por la guerra total o llevada a sus extremos (dando aires a las matanzas de la Primera Guerra Mundial o a líderes como Adolf Hitler), sino que por el contrario, la proposición que él en realidad había defendido era que ‘la política (o inteligencia del Estado personificado) debía guiar los pasos militares como un instrumento de la acción’ estatal (Donadío, 2003: 145).

Las consecuencias de llegar a los extremos

El panorama con el que el intelectual prusiano no contó –o al menos, no en las proporciones que en el siglo XX adquirió– fue con que la lógica del odio que él teorizó se generalizaría a tal grado que llegaría a estimular un peligroso ascenso hacia los extremos; fruto de ello fue que la racionalidad militar se impuso sobre las consideraciones políticas, abriendo así una brecha en las relaciones interestatales que, aun

con el paso de los años, sigue siendo imposible de cerrar. Las bombas de Hiroshima y Nagasaki, testigos de excepción en este ámbito, pusieron de manifiesto –tanto física como simbólicamente– que el principio de aniquilación no sólo se aplicaría a las fuerzas armadas del enemigo sino también al conjunto de la población (Aron, 1987b: 84, 94 y 95).

La responsabilidad de la doctrina clausewitziana en estos acontecimientos ha sido negada, como se ha insistido recurrentemente en este escrito, por sus intérpretes más recientes, más allá de que éstos aceptaran que él sabía que había ciertos tipos de guerra (en el caso de la argumentación aroniana encarnada en la guerra popular) que desencadenaban el odio, la represión y los sentimientos exaltados de venganza que a la larga ocasionaban que se transgredieran las fronteras de lo irreal. Es más, la tarea a la que aquellos precisamente se abocaron fue a demostrar que Clausewitz era un convencido de que en algún momento de esa contienda-límite las autoridades, los gobiernos, haciendo uso de su racionalidad política, se encaminarían “hacia la moderación” e intentarían apaciguar los ánimos buscando un sistema diferente de negociación (Aron, 1987b: 96).

En conformidad con lo anterior es necesario resaltar que si bien es cierto que en la teoría clausewitziana se afirma que “al momento de entrar a la guerra es necesario hacer uso de todos los medios disponibles para alcanzar una rápida victoria (significado último de la guerra total)”, también lo es que “ello no significaba buscar la eliminación total del enemigo sino exclusivamente de su capacidad de destrucción”. En tal sentido, a lo que realmente apuntaba el general prusiano era a establecer que aunque el “objetivo último de la guerra era someter la voluntad del enemigo a través de la acción armada”, aquélla no concluía “con neutralizar al enemigo, pues la guerra era sólo un fragmento de la relación” existente “antes y después de la acción armada” (Herrera-Lasso, 2002: 88 y 92).

Lastimosamente los sucesos acaecidos a lo largo de la centuria pasada (aunque en especial a partir del decenio de los cuarenta) pusieron en entredicho la confianza en esta convicción. El auge de las armas nucleares como medio de amenaza para someter al contrincante, para ganar la batalla incluso aún sin haber empezado a librarla (lo que en Aron se denomina *estrategia de disuasión*), fue un síntoma inequívoco que el ascenso a los extremos estaba cada vez más cerca. La pregunta que quedó entonces en el aire entre los académicos de las ciencias sociales fue ¿cómo no limitar esas *guerras límite*, sobre qué parámetros buscar el freno a tal situación? La respuesta a la que el filósofo galo llegó, tomando en consideración el análisis clausewitziano, consistió en afirmar que el único medio de subsanar los riesgos de destrucción total instaurados por la naciente etapa histórica era el *entendimiento político*; esto es, la búsqueda de un interés común entre los rivales, la asunción mutua en torno a que una solución militar radical generaría más desventajas que beneficios para cada uno y la aceptación, en suma, de la primacía política en la guerra: “el peligro lo crea la política, no las armas”; “no son las máquinas las que hacen la historia”, son los hombres, así sea cierto que aquellas modifican las condiciones en la que éstos la hacen (Aron, 1987b: 188-189)²².

El mundo occidental, como bien lo expresaba el intelectual galo, no debía estar impedido para comprender que “su fin político no exigía el empleo de las armas nucleares ni la destrucción física del enemigo”, pero la realidad de mediados del siglo XX demostraba que lo estaba; por ello, su argumento final apuntaba, con la lógica pesimista que lo distinguió, que “en la era nuclear, la única oportunidad para salvar a la humanidad de sí misma residía en que la inteligencia del Estado personificado controlara los armamentos” (Aron, 1987b: 188-189, 198 y 211).

¿Qué lecciones se pueden extraer de estas palabras a la luz de los conflictos actuales? ¿Cómo pensar la guerra interna de cada uno de nuestros países en el marco de tales disquisiciones? La respuesta a ambos interrogantes sigue siendo un campo difícil (pero al mismo tiempo fructífero desde el punto de vista académico) de transitar. La apuesta indiscutible es mantener la primacía de la política sobre las decisiones militares; buscar la negociación antes que la rendición absoluta, mediar en vez de eliminar. La diplomacia por encima de las armas. Las lecciones de la Historia han dejado huellas que muestran cómo andar ese camino, pero son los hombres quienes, como bien lo sabía Aron, los que en última instancia deciden qué rumbo tomar.

Referencias

- Aron, R. (1983). *Dimensiones de la conciencia histórica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Aron, R. (1987a). *Pensar la guerra, Clausewitz. Tomo I. La era europea*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.
- Aron, R. (1987b). *Pensar la guerra, Clausewitz. Tomo II. La era planetaria*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.
- Aron, R. (2000). Clausewitz y la guerra popular. En: Cubides, F (trad.) *Revista Colombiana de Sociología* V. 1, pp. 35-43, 13 de julio de 2009. Disponible en: <<http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/RECS/article/view/8721/9365>>
- Clausewitz, K. (1960). *De la Guerra*. Buenos Aires: Ediciones Mar Océano.

²² “Ante los ojos de Aron, la barbarie de la guerra moderna es un horror límite que sólo la política prudente y moderada puede evitar. En última instancia, las circunstancias favorecen el curso de los acontecimientos pero no los determinan”. (Elía, 2007: 122).

- Donadío, M. (2003). Raymond Aron: un hombre entre dos mundos, o la búsqueda de la comprensión del escenario mundial. En: *Colección IX*, 14, pp. 125-153, 20 de julio de 2009. Disponible en: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2328995>
- Elía, Ó. (2007). "Pensar la guerra: Clausewitz": la interpretación aroniana del *Vom Kriege*. En: *Anuario Filosófico*, XL. 1, pp. 109-127.
- Herrera-Lasso, L. (2002). Pensadores y artífices de la guerra: de Karl von Clausewitz a Osama Bin Laden. En: *Revista Istor*, II, 8, pp. 80-96.
- Hobsbawm, E.J. (1991). *La era de la revolución (1789-1848)*. Barcelona: Editorial Labor.
- Kissinger, H. (2000). *La diplomacia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Loeza, S. (1997). Raymond Aron, el historiador desencantado. En: Baca Olamendi, L. y Cisneros, I.H. *Los Intelectuales y los Dilemas Políticos en el Siglo XX*. Tomo 2, México: Flacso, pp. 367-386.
- Maestre, A. (2000). La política de Raymond Aron. En: *Revista Metapolítica*, 4, pp. 170-175.
- Panebianco, A. (2006). Raymond Aron. En: *Revista Metapolítica*, 50, pp. 26-28.
- Suárez Mayorga, A.M. (2010). *La concepción aroniana de la Historia*. Documento inédito, pp. 1-19.